

En lo alto de una pica. Manipulación ritual, transaccional y política de las cabezas de los vencidos en las fronteras indígenas de América meridional (Araucanía y las pampas, siglos XVI-XIX)

Daniel Villar y Juan Francisco Jiménez

Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina

Resumen: Desde los comienzos de la expansión europea, los ejércitos coloniales por sí o vicariamente ‘cazaron’ cabezas, prácticas que a menudo confluían con las nativas. En el caso particular de Araucanía y las pampas, a partir del siglo XVI convergieron dos tradiciones culturales distintas relacionadas con la manipulación del cuerpo de los vencidos. Por un lado la europea, en la que la decapitación e incluso el desmembramiento confirmaban la regia potestad de desatar un escarmiento riguroso: un crimen que constituyera una amenaza contra la soberanía real y consecuentemente contra el orden y estabilidad del reino se castigaba mediante la brutal laceración y descuartizamiento público del reo, invirtiéndose de ese modo el sentido de la atrocidad cometida. Por el restante, los reche y otras naciones ‘indias’ del área panarauca operaban asimismo con el cuerpo masacrado de sus enemigos, costumbre integrada a una extendida tradición que formaba parte de un complejo guerrero destinado a facilitar los medios para la reproducción simbólica del propio cuerpo social. En este artículo se examina esa doble concurrencia que produjo una mezcla de cambiantes significados prolongados en la región hasta el siglo XIX.

Palabras Clave: Decapitación, convergencia de tradiciones, reche, Araucanía, pampas, siglos XVI-XIX.

Abstract: Since the beginning of European expansion, the colonial armies – by themselves or vicariously – ‘hunted’ heads, a practice which often converged with the natives’. In the particular case of Araucania and the pampas, from the 16th century on two different cultural traditions related to the manipulation of the enemy’s body converged. On one side, the European, in which decapitation and even dismemberment confirmed the Royal power to unleash a rigorous punishment: a crime which constituted a threat against Royal sovereignty and though against the order and stability of the Kingdom was punished by the brutal laceration and public quartering of the convict, inverting in that way the committed atrocity. On the other side, the Reche and other Indian nations in the panarauca area operated as well with the massacred body of the enemy, a custom integrated to an extensive tradition which was part of a warrior complex intended to provide the means for the symbolic reproduction of the whole social body. In this article that double recurrence which produced a mixture of changing meanings, extended in the region until the 19th century, is examined.

Keywords: decapitation, convergence of traditions, Reche, Araucannia, pampas, 16th-19th centuries.



INDIANA 31 (2014): 351-376
ISSN 0341-8642

© Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz

1.

Cualquier parte del cuerpo humano seccionada *ex professo* transmite un mensaje. Sea que el mutilador la exhiba públicamente frente a propios y extraños, la incorpore a la celebración de la victoria en que la obtuvo o a una conmemoración posterior, la envíe a sus aliados o la arroje a los pies de los vencidos y los suyos, ese mensaje variará de acuerdo al contexto y a su receptor: como observa Patricia Palmer, el despojo siempre *habla*, pero dice cosas diferentes (Palmer 2007).¹

La manipulación de fragmentos corporales de un enemigo constituye un rasgo cultural generalizado y comúnmente cabezas, cráneos y extremidades se encuentran entre ellos. Su captura fue y es objeto de alguna forma de consagración, para ingresar luego a la categoría de trofeos que adquieren una semanticidad relevante (Hoskins 1996: 20). Richard Chacon y David Dye proporcionan información que lo demuestra, basándose en una extensa revisión que desalienta dudas en torno a su antigüedad y universalidad: el origen se pierde en los tiempos prehistóricos, se la perpetra en todos los continentes y la ejecutan todas las naciones, incluso hasta hoy mismo (Chacon & Dye 2007).

La mayoría de los ejércitos coloniales, por sí o vicariamente, practicaron la caza de cabezas desde los comienzos de la expansión europea. En América del Norte, británicos y franceses pagaron recompensas a sus aliados nativos por testas y cabelleras (Axtell 1982, 1996; Axtell & Sturtevant 1980; Lipman 2008; Lozier 2003); también lo hicieron holandeses y portugueses en Asia, estimulando decapitaciones (Knapp 2003; Roque 2010); la dinastía de los Brooke las llevó a cabo en Sarawak (Wadley 2001, 2004); durante las guerras imperiales en el África decimonónica, las tropas victorianas (Harrison 2008), francesas (Taithe 2009) y alemanas (Winans 1994) la reiteraron mil veces y asimismo los italianos en Etiopía en tiempos tan recientes como la década de 1930 (Di Luna 2007). Lo paradójico de la situación es que tropas de países ‘civilizados y cristianos’ incurrieran en las mismas ‘salvajes’ atrocidades cuya supresión se argumentaba que justificaría por sí sola la impostergabilidad de la empresa colonial.

Andrew Lipman (2008: 4) considera que, en este orden de ideas y en términos de encuentros coloniales, cabezas, *scalps* y miembros de los vencidos admiten parangón con aquellos artefactos que Nicholas Thomas denominó *entangled objects*, impregnados de tantos significados que no admitirían ser referidos con exclusividad a un único contexto cultural (Thomas 1991: 1-23).²

1 Nos limitaremos a ofrecer dos ejemplos, aunque podrían multiplicarse: los significados que, de acuerdo a sus tradiciones culturales respectivas, los algonquinos y sus aliados ingleses dieron a la donación de una cabeza enemiga durante la *Guerra Pequot* de 1637 (Lipman 2008), y en general al intercambio de pieles de lobo negro (Coates 1999; Coleman 2003, 2004: 48-49). La entrega de una testa por parte de los nativos implicaba una ratificación de la alianza; y la de una piel, voluntad de restaurar o mantener buenas relaciones; para los europeos, en cambio, ambos gestos exteriorizaban reconocimiento de superioridad y subordinación de los indígenas.

2 Entre muchas disponibles, una muestra de estos objetos entremezclados es la renombrada *tsantsa* shuar, Indiana 31 (2014): 351-376

2.

A partir del siglo XVI, también en Araucanía y Río de la Plata convergieron dos tradiciones culturales distintas relacionadas con la manipulación de cabezas y otros fragmentos del cuerpo. Por un lado la europea, en la que la decapitación e incluso el desmembramiento demostraban que el poder soberano monopolizaba la potestad de desencadenar un escarmiento de extremo rigor. Cometido un crimen que constituyese una amenaza contra la soberanía real y, simultánea y consecuentemente, contra el orden y estabilidad del reino, se desencadenaba una operación dominante sobre el cuerpo del autor que se desarrollaba frente a la multitud, en medio de un gran ritual (Foucault 1989: 59-62; en ese mismo sentido, McGlynn 2009; Palmer 1993).

Por otro, los nativos insertos en la trama de relaciones establecidas con el imperio y más tarde con las dos repúblicas emergentes –Argentina y Chile– operaban asimismo con cabezas y otros segmentos del cuerpo masacrado de sus enemigos. Pero entre los *reche-mapuche*³ esa costumbre integraba una tradición pan-andina relacionada a su vez con las tierras bajas del continente (Arnold & Hastorf 2008) que formaba parte de un complejo guerrero destinado a facilitar los medios para la reproducción simbólica del cuerpo social.

vista en términos de su compleja circulación. Originariamente, se hallaba vinculada a una forma organizada y coherente de violencia: durante su caza, la cabeza seccionada adquiriría relevancia ritual, mientras que el acto mismo de obtenerla era consagrado y conmemorado (Hoskins 1996: 2). Más tarde, trasponía los límites de ese marco inicial y atravesaba distintas etapas a lo largo de una dilatada existencia. Sucesivamente sería receptáculo de un alma *musiaké* involucrada en ritos de fertilidad o de reproducción (Harner 1994; Karsten 1923: 47; Taylor 1993: 671-674) y costosa mercancía (Ross 1988: 31-33; Rubenstein 2007: 359-360; Steel 1999: 754-755). Se transformaría luego en un objeto exótico exhibido en un museo o en una colección privada, síntesis de horripilante salvajismo, de la razonabilidad de su aniquilación y de la potencia y alcance del brazo estatal. Y por último, en tiempos recientes, la testa reducida se ha convertido en prueba tangible de la desmesura de exhibir restos humanos y en punto de apoyo para el estímulo de una nueva sensibilidad (Rubenstein 2007).

- 3 Se trata de dos etnónimos que remiten a un conjunto de grupos indígenas que habitaban el centro sur chileno. En tiempos anteriores a la invasión española, los *reche* (los verdaderos hombres) ocupaban los territorios que median entre las latitudes de la actual ciudad de Santiago de Chile y del golfo de Reloncavi. A partir de mediados del siglo XVI y con motivo de la configuración de espacios fronterizos generados a raíz de la irrupción imperial, se constituyó progresivamente la Araucanía, denominación dada por los invasores a la región limitada por los ríos Bío Bío (al norte) y Toltén (al meridión) que permaneció bajo control indígena predominante hasta el siglo XIX (ver mapa respectivo). Pasado el tiempo y a medida que cobraban mayor importancia las reivindicaciones territoriales surgió, posiblemente durante el siglo XVIII tardío, el nombre restante (los hombres de la tierra), que pone el acento en ellas. Su lengua, en la que se expresan ambos nombres étnicos (y los términos que se vayan introduciendo a continuación en el texto) era y es *mapu dungun* (el habla de la tierra) convertida en medio de comunicación de uso general en las pampas y el norte patagónico de la actual República Argentina, a medida que, a partir del 1500, se intensificaron las antiguas vinculaciones entre las sociedades nativas ubicadas a los dos costados de la cordillera de los Andes (ver Boccara 1998; Mandrini & Ortelli 2002: 237-257; Villar & Jiménez 2003b: 123-171; Zavala Cepeda 2000, entre otros aportes relativos a la denominada araucanización de las pampas).

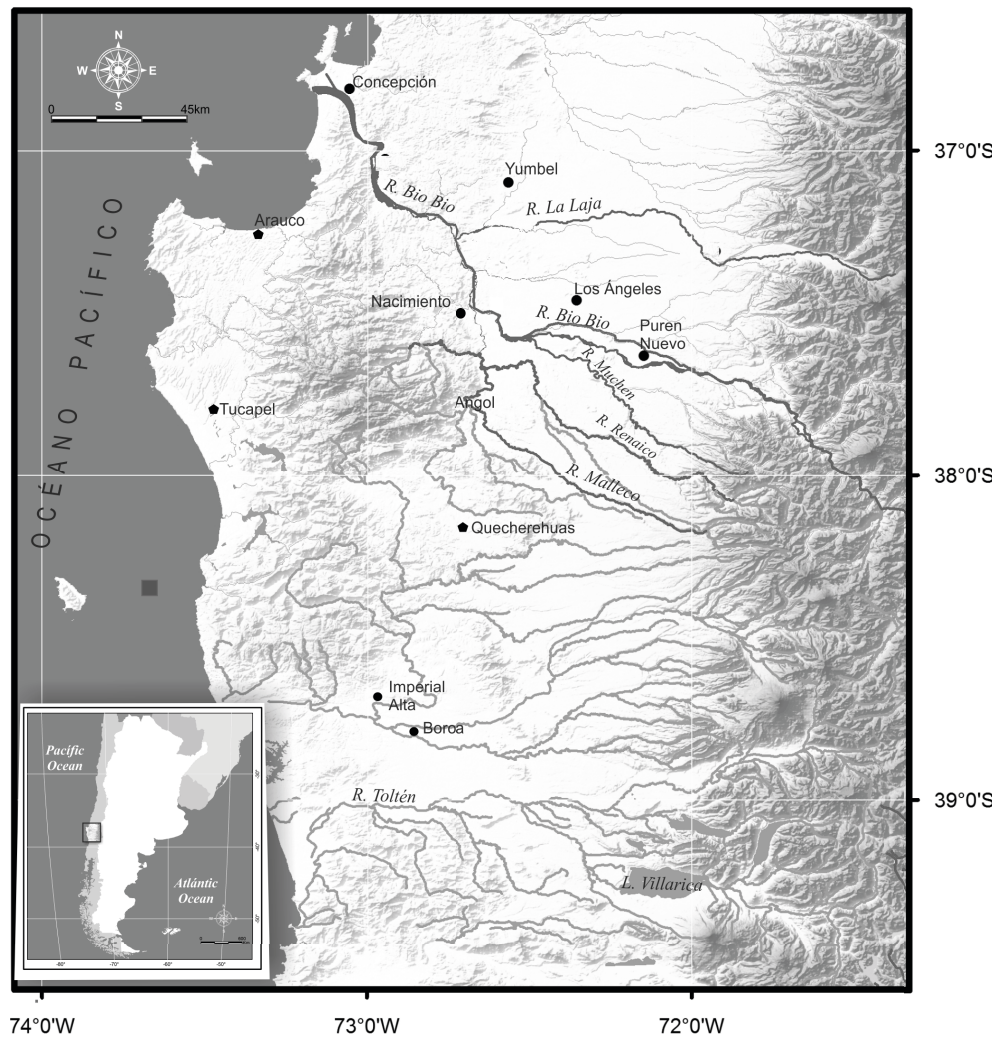


Figura 1. Araucanía histórica: territorios reche-mapuche extendidos entre los ríos Bío Bío y Tolén, en situación de contacto fronterizo hacia el Norte con el Reino de Chile. Se señalan los geónimos mencionados en el texto (mapa elaborado por el doctor Walter Melo, a solicitud de los autores).

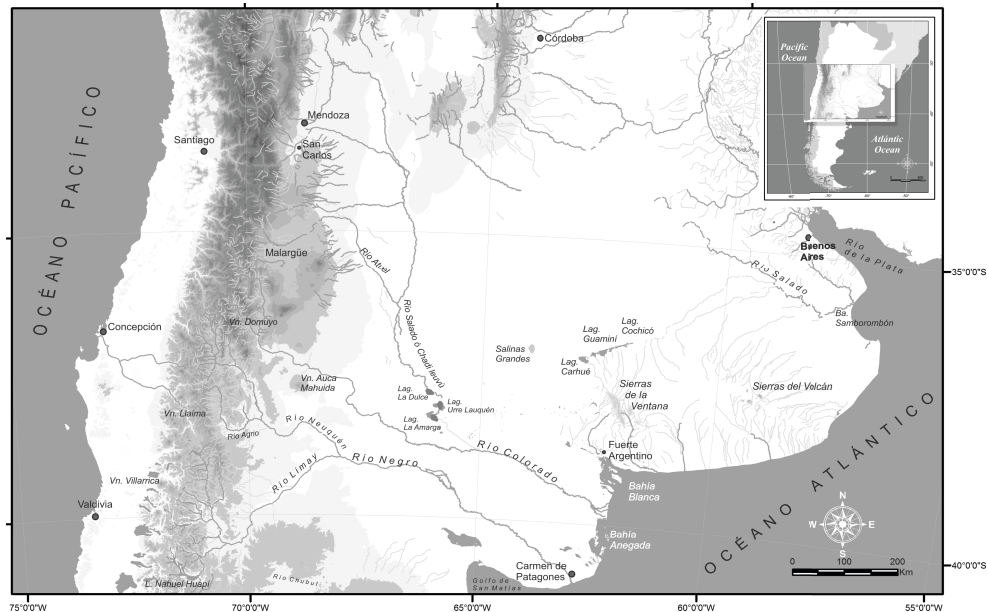


Figura 2. Región pampeana y Patagonia septentrional: territorios bajo control exclusivo o predominante de distintos grupos indígenas ubicados entre la cordillera de los Andes al Oeste y Río de la Plata y Océano Atlántico al Este. Se señalan los geónimos mencionados en el texto (mapa elaborado por el doctor Walter Melo, a solicitud de los autores).

No sólo con respecto a los *reche-mapuche* sino en general, los rituales que rodeaban la ejecución de un prisionero entre los nativos americanos y entre los europeos fueron, en su origen, muy distintos. Para los europeos, el cuerpo pertenecía al estado, el ritual de la ejecución estaba a cargo de sus agentes y el cuerpo —o sus fragmentos— era públicamente exhibido como advertencia (Whitehead 2002: 241). En Europa, el verdugo —una única persona dedicada de por vida a un oficio impuro y carente de nobleza— tenía a su cargo el torvo procesamiento del cadáver y disponía de sus partes (Robin 1964; Stuart 2000) para abastecer a farmacéuticos y legos, quienes empleaban la sangre, la grasa y la piel en la fabricación de remedios (Molinié-Fioravanti 1991: 85; Pribyl 2010: 133-135; Stuart 2000: 157-160).⁴ Por el contrario, en el caso de muchas sociedades nativas americanas,

4 Como uno de los remedios más afamados se elaboraba con porciones de cuerpos embalsamados verdaderos —obtenidos en Egipto— o falsos (Dannenfeldt 1984; Gordon-Grube 1988, 1993; Himmelman 1997; Noble 2011: 18-23; Sugg 2008), Paracelso llegó al extremo de incluir en su definición de ‘momia’ el cuerpo de cualquier persona sana que muriera de muerte no natural, preferentemente los ahorcados o ejecutados en la rueda y Oswald Croll —uno de sus seguidores— recomendaba emplear el cuerpo de

hombres y mujeres, niños y adultos se reunían en torno al despojo y participaban festivamente de su manipulación.

De este modo, una cabeza expuesta en el extremo de una pica podía representar a la vez una exhibición ritual o la coerción estatal ejercida sobre un ‘rebelde’. El donante nativo de ese trofeo se vería a sí mismo y sería visto por su nación como oferente de un regalo valioso, pero en cambio se convertiría en cruel verdugo, negativamente connotado, a los ojos europeos.

Esta doble concurrencia produjo mezclas de significados que irían variando con el tiempo, tema que ocupará las páginas siguientes.

3.

La práctica *reche* de sacrificar, decapitar y consumir al enemigo capturado en batalla se regía por el antiguo principio andino de que la incorporación de sustancias vitales favorecía e incrementaba la fertilidad agrícola, la prolongación de la vida humana y el sostenimiento del orden cosmológico (Arnold & Hastorf 2008: 221). Con arreglo a esa lógica, se procuraba la apropiación de aquellas que contribuyeran a perpetuar la identidad del grupo vencedor. Esta operación permitía, entre otras cosas, reforzar lazos entre vivos y difuntos, incorporar las cualidades del cuerpo individual del enemigo –y en contrapartida debilitarlo socialmente– y sellar alianzas (Boccarda 1998). La cabeza de una persona, su corazón y su sangre constituían depósitos de energías vitales. Para llegar a ellas, el cuerpo debía ser sometido a un tratamiento ritual largo y complejo en fases sucesivas.

Luego de la decapitación –*cathúloncon*–, se pasaba al *ñamculu*, la exhibición de la cabeza seccionada y la ruidosa celebración del éxito bélico. En su descripción de ambas instancias, Diego de Rosales deja ver el efecto disuasorio que ellas ejercían sobre el ánimo de los enemigos:

En derribando [...] a alguno de los enemigos, se avalanzan luego a el, y mas si es capitán, o persona de importancia, y [...] le cortan la cabeza, y luego lo levantan en una pica, y se atropañ [...] a cantar victoria con ella. Y causa, tan gran desmayo al enemigo, al oír [...] cantar victoria, y el ver la cabeza [...] enarbolada; que todos paran, y cessan de pelear, teniendolo por mal aguero, y por señal de que todos han de morir [...] (Rosales 1877-1878: I-121).

La testa adquiriría más tarde la dimensión de un mensaje de estímulo dirigido a las comunidades receptoras de su envío, incitándolas a luchar.⁵ La importancia de la persona a

un ahorcado pelirrojo y joven para la fabricación de remedios (la receta en Noble 2011: 6). Sólo las personas más adineradas podían acceder a estos costosos medicamentos. La creencia en las virtudes curativas de los cuerpos de los ejecutados pervivió en la medicina popular hasta comienzos del siglo xx (Peacock 1896; Pribyl 2010).

5 Dos documentos del siglo XVIII muestran que tanto la mano como la cabeza de un enemigo muerto servían para correr la flecha, es decir, para convocar a los aliados a una acción bélica. En el primero, se recogió el testimonio de un mensajero indígena, quien relató por encargo de qué cacique y a qué

quien había pertenecido potenciaba su eficacia comunicativa e incrementaba la posibilidad de lograr una movilización entre el círculo de aliados. Finalmente, los guerreros organizaban un gran festín (*cabuin* o *convite*), durante el cual la multitud bailaba el *puruloncon*, una danza guerrera, en torno al resto expuesto.

La cabeza de Pedro de Valdivia, muerto por los *reche* en Tucapel (1553), fue exhibida en alguna de esas formas. Jerónimo de Bibar, quien obtuvo información de los *yanaconas* que acompañaban al adelantado y salvaron sus vidas a duras penas, relata que la colocaron:

[...] en la puerta del señor principal en un palo y otras dos cabezas con ella, y teníanlas allí por grandeza, porque aquellos [...] habían sido los mas valientes, y contaban cosas del gobernador y de los dos españoles que habían hecho aquel día [...] (Bibar 1966: 171).

No obstante, el destino de esa cabeza es incierto. Pedro Mariño de Lovera incluso sugiere que habría resultado destrozada a raíz de un fuerte golpe de porra que causó la muerte del gobernador (Mariño de Lovera 1865: 156, 157).⁶ Pero también hay quien ofrece un relato distinto en el que recorrió íntegramente las estaciones del tratamiento póstumo que los *reche* conferían a las de los enemigos famosos.

reducciones había llevado la mano en cuestión, invitando a las armas (Declaraciones tomadas por el Comis.º General de la Cav.ª Archivo General de Indias –AGI–, Audiencia de Chile –ACH–, 257, N. 21.7.2, fojas 547 y 548). Y en el restante, dos conchavadores (comerciantes hispano-criollos en territorios indios) manifestaron haberse encontrado con un nativo “[...] que lleva en una Coleu [*quila*, caña de la planta *Cbusquea culeon* con la que se fabricaban las astas de las lanzas] ensartada una mano derecha con tres dedos de un Español corriendo la flecha con ella provocando à guerra a todos los Yndios, y que despues tuvieron noticia con los Yndios havian despedasado à [...] un mozo español de edad de catorce años [...]” y además agregaron que “[...] oieron decir que el Padre Misionero dela Ymperial alta havia pedido una Caveza de español (que tambien andavan traiendo por aquellos contornos corriendo la flecha con ella) para enterrarla, y no se la quisieron dar [...]” (Declaraciones tomadas por fray Pedro Espiñeira a Francisco Córdoba, Esteban y Lázaro Ruiz en Nacimiento, el 28 enero 1767. AGI, ACH, 257, N. 21.7.2, fojas 571-571 vuelta). Asimismo, Diego de Rosales ilustra el punto, narrando las desventuras de un capitán español capturado en Curalaba, a quien “[...] mataron en Puren en una borrachera para hazer fiesta con su cabeza y convocar gente para la guerra [...]” (Rosales 1877-1878: II-301, 302).

- 6 Mariño de Lovera también refiere el hecho improbable de que los captores de Valdivia le llenaran la boca de oro fundido, obligándolo a ingerir aquello que ansiaba. Diego de Rosales lo puso en duda: “Algunos an querido dezir que, como los Parthos quitaron la vida a Marco Craso echándole oro derretido en la voca, que assi dieron la muerte a Valdivia, dándole a beber oro para que se hartasse su codicia [...]” (Rosales 1877-1878: I-501). La mención de Mariño, en efecto, se emparenta mucho más con el episodio de la historia de Roma que indica el jesuita que con el relato de Heródoto (Historia, I-CCXIV) acerca de la sumersión de la cabeza seccionada de Ciro por orden de su vencedora Tomyris, reina de los Masagetas, en un recipiente lleno de sangre para hartarlo de lo mismo que se había cansado de derramar (Mariño de Lovera 1865: 157-158). El tormento del triunviro, en cambio, casi idéntico al que se dice que experimentó Valdivia, fue relatado por Dion Casio (Historia de Roma, III-447), irónicamente recordado por Dante Alighieri –*Crasso, dilci, che 'l sai: di che sapore è l'oro?* (Commedia, Purgatorio xx, 115-117)– y repetidamente adjudicado –en palabras– a la bárbara crueldad de distintos grupos nativos americanos y –en imagen– a los taínos por obra de Teodoro de Bry.

No todas las testas cobradas en batalla alcanzaron la postrera condición de *rari-lonko* (cabeza trofeo) empleado para brindar:

[...] y sentándose a beber la chicha, que para esto está preparada, saca la cabeza de algun gobernador o capitan de mucho nombre[...] y con el casco de ella brinda a los caciques, sin que beba en el la gente común. Oí que estas cabezas las tienen guardadas [...] por pressas de grande estima, que solo salen para una conjuracion y para abrir la guerra y publicarla: que assi andan las cabezas de los christianos y de los gobernadores y capitanes que han muerto en esta guerra de Chile! que sirven de vasos para beber chicha en ellas [...] (Rosales 1877-1878: I-147, 148).

Tal fue el destino de la calva de Martín García Oñez de Loyola, gobernador de Chile ultimado por los *reche* en Curalaba, a fines de diciembre de 1598. Vicente Carvallo i Goyeneche relata que, en un exceso de “necia confianza”, Oñez de Loyola dispuso su campamento y se “abandonó a dormir”, descuido que aprovecharon sus enemigos para lancear a todos los españoles al amanecer, sin darles tiempo a defenderse (Carvallo i Goyeneche 1875: 219). Y el padre Rosales agrega que la cabeza del gobernador:

[...] fue el mayor triunfo y el estandarte que guardó Pelantaro⁷ y conservan sus descendientes y le sacan para todos los alzamientos, que es como sacar el estandarte real para que todos le sigan. Y en las fiestas grandes la sacan, y beben su chicha en el casco solamente los caciques y personas grandes [...] (Rosales 1877-1878: II-303).

Pero en este caso ya se percibe en la actitud de los captores un matiz distinto. Luego de diez años, ofrecieron devolver el cráneo como gesto de reparación y buena voluntad:

[...] para mostrar quan de voluntad daban la paz, hizieron una gran fineza., que fué traerle al Coronel [Miguel de Silva] la cabeza del Gobernador Martin García de Loyola, que la estimaban por una gran presea [...] (Rosales 1877-1878: II-473).

En el pasado, los *reche* no habían mostrado una disposición similar. El mismo cronista señala, en efecto, que la cabeza de Pedro de Valdivia, una vez convertida en *rari-lonko*, quedó en poder de Caupolicán y luego “[...] como por vinculo de un mayorazgo [...]” la fueron heredando sus descendientes y “[...] aunque algunas vezes an dado la paz, la an tenido oculta, sin querérsela dar a los españoles por mas pagas que les han ofrecido[...]” (Rosales 1877-1878: I-501).

4.

En el campo español, la exposición pública de una cabeza también implicaba la publicidad de la victoria, subrayando ante todo la capacidad punitiva del imperio y lanzando una advertencia hacia el futuro, sin que el despojo recibiera ningún tratamiento que privilegiase su conservación como medio idóneo para reactualizar el éxito obtenido.

⁷ Pelantraru fue el *toqui* (líder militar) de los *reche* en Curalaba.

El propósito aniquilatorio apuntaba a quienes sesgadamente se llamaba ‘rebeldes’, ‘indios de guerra’, las individualidades *reche* que hacían de la contienda su ocupación, atraídos por el prestigio social que les reportaría una fama que no podrían ganar de otra manera. El éxito bélico potenciaba una dinámica particular y se gobernaba por una lógica de revalidación constante, comprometiendo a sus protagonistas en la realización de empresas progresivamente más arriesgadas y obligándolos a asumir mayores compromisos, hasta que la muerte los encontrara con las armas en las manos (Clastres 1987: 240-242).

Así lo documenta en el siglo XVII el testimonio del dominico Juan Falcón, quien luego de vivir un prolongado cautiverio iniciado durante la destrucción de Valdivia en 1599, llamó “sobresalientes” a estos guerreros (*weichafé*) a tiempo completo,

[...] que no siembran ni cogen ni entienden otra cosa mas de inquietar los españoles corriéndoles la tierra por diversas partes [...] fuera de hombres labradores que ay mucha cantidad, que no tratan de ninguna manera de la guerra sino de labrar la tierra [...].⁸

Otros dos testimonios contemporáneos confirman las palabras de Falcón. Paillaguala, *lonko*⁹ de Quechereguas, en declaración prestada en 1614, también define a esos combatientes como “soldados”¹⁰; y un año más tarde, Diego de Medina —un cautivo recuperado— nos indica la existencia de tres mil indios de guerra en una población masculina de diez mil personas.¹¹

Según todos estos antecedentes, entonces, la sociedad *reche* fue una sociedad ‘con guerreros’ en la que sólo un sector de la población masculina se dedicaba exclusivamente a la actividad bélica, mientras que el resto lo hacía de manera parcial (Clastres 1987: 220-221). Esa especialización era posible gracias a que se activaba una forma de comportamiento recíprocaro: los restantes miembros de la comunidad asumían la obligación de sustituir la fuerza de trabajo de los hombres de guerra en la obtención de lo necesario para su supervivencia, a cambio de que ellos no descuidasen sus responsabilidades en defensa y beneficio de toda la nación. Se trata de una variante de la *minga* (del quechwa *minke’a*, *mincacumi*), modalidad a la que se atribuye origen andino, pero que estuvo presente en muchas regiones de Sudamérica, por ejemplo, entre las comunidades indígenas de Chile

8 Declaración de fray Luis Falcón, fechada en Santiago, 18 junio 1614, Archivo Nacional de Chile (AN), Fondo Morla Vicuña (MV), Volumen 293, fojas 106-107.

9 Este término, que literalmente significa ‘cabeza’, designa a quien ocupa una posición de liderazgo: un ‘cacique’ en el vocabulario español.

10 Declaración de Paillaguala [...] en el fuerte de Nacimiento, febrero de 1614, Biblioteca Nacional de Chile (BN) Sala Medina, Manuscritos (MM), Tomo 112, Documento 1918, fojas 281.

11 Declaración de Diego de Medina., fechada en Concepción, 13 abril 1615, BN, MM, Tomo 111, Documento 1782, fojas 260.

y las pampas.¹² Luis Tribaldos de Toledo y Santiago de Tesillo, dos cronistas del siglo XVII, aluden a ella. Dice el primero:

[los cargos de la guerra] solo se emplean en hombres diestros de buenas manos, robusta complexión, atrevidos, mañosos y bien afortunados [...]; [...] son muy recatados en no necesitar jamás otra ocupación ni servicio personal a los que para la guerra una vez son escojidos y señalados; porque nunca se entretienen en cultivar la tierra como labradores, ni en trato de pastoría, viviendo bien tratados en materia de sustento a costa de la jente mecánica y plebeya, pues por decreto y determinación de sus leyes y estatutos están continuamente a punto bien proveidos de armas para defenderse y ofender, ejecutando prontamente cualquier empresa militar que justificadamente se ofrezca (Tribaldos de Toledo 1864: 18).

Y agrega Tesillo

Su conservación nace de no tener otro oficio ni ocupación que ser soldados, y para esto introducen a las mujeres en la agricultura. Ellas cultivan los campos y asisten a todos los ejercicios caseros, y al varón en quien reconocen incapacidad para la guerra, con pusilanimidad de corazón, le hacen pastor de ganados (Tesillo 1864: 24).

No resulta extraño, por lo tanto, que fuese este sector el que exigiese atención permanente de parte de las autoridades coloniales. Diego de Rosales nos informa que ya durante el mismo siglo XVII, se empleaba el término ‘corsario’ para denominar a los líderes guerreros, como ocurrió en el caso de Quepuante, uno de los primeros en recibirlo:

[...] Este año de treinta, y uno tubo el Maestro de Campo Don Fernando de Cea un gran successo, gozando de su fortuna el estado de Arauco en correrias y malocas, y entre otras, hizo una muy a la medida del deseo, que el gobernador tenia, de coger al mayor corsario, que tenia la tierra [...] el barbaro Quepuante, uno de los generales de toda la tierra de guerra, que fue el Indio de mayor consexo, mas sagaz y mejor soldado, que se tiene noticia aver avido de esta guerra de Chile. El qual viuia con tal cuidado, que aunque intentaron diversas vezes cogerle [...] se les desvanecia siempre. Porque tenia diuersos ranchos y los mudaba a menudo [...] Y siempre arrimado a un monte, que le seruia de muro, y de sagrado, para ponerse en huida. Y este Indio no sembraba, ni cuidaba de eso: sino de guardar y reconocer los caminos; y toda la tierra le tributaba de sus sementeras, para que estubiese desembarazado para acudir a la guerra, y a la defensa de la patria (Rosales 1877-1878: III-93).

Quepuante representa, en efecto, un arquetipo del ‘corsario’ y las vidas de otros líderes posteriores replican la suya. Sus renombradas habilidades y éxitos como guerrero y *toqui* de Purén transformaron su eliminación en un asunto central. El gobernador Francisco Lasso de la Vega, viendo las dificultades extremas de la empresa, se propuso aliviarlas buscando la ayuda de traidores:

12 Refiriéndose a la minga, Juan Ignacio Molina destacó además que hasta “[...] los españoles campesinos han adoptado también este método, prevalidose de la misma industria para concluir sus labores de campo” (Molina 1795: 123).

[...] el gobernador maquinaba incesable en su prision o en su muerte, y como estas cosas se habian de conseguir por los indios amigos de Arauco, no quedó corto en las dádivas, ni escaso en las promesas causa notable del interés, en los de esta nacion, notables efectos: todo jenero de este interes, en ellos es el antídoto de sus corazones (Tesillo 1864: 51-52).

Acerca de cómo logró su objetivo hay al menos dos versiones. Rosales y Tesillo coinciden en que el cacique mantenía excepcionales precauciones para eludir ataques sorpresivos (Rosales 1877-1878: III-93; Tesillo 1864: 51-52). Pero el jesuita atribuye a la infidencia de una de las esposas del ‘corsario’ que se le haya dado muerte: por imprudencia o despecho, ella habría revelado información que luego sirvió a ese fin (Rosales 1877-1878: III-93). Tesillo, en cambio, adjudicó el éxito de la empresa a la eficacia de la *maloca*¹³ organizada por Lasso de la Vega (Tesillo 1864: 51-52).¹⁴

El ‘corsario’ —en inferioridad de condiciones y sin posibilidades de escape— se enfrentó en soledad a sus atacantes hasta caer. Su cabeza fue presentada al maestre de campo en Arauco y llevada más tarde a Santiago, en cuya plaza principal se la expuso, en medio de una importante celebración:

[...] se dieron muchas gracias a Nuestro Señor, y con repique de campanas, luminarias, y achones, se celebró la fiesta, y la cabeza de Queupunte, se puso en la plaza de Santiago en un palo, para triunfo de tan gran victoria [...] (Rosales 1877-1878: III-96).

El mayoritario espacio que ocupa la descripción del acoso y muerte de Queupunte en el informe de las actividades militares del año 1631 —relación anónima que el historiador chileno Diego Barros Arana consideró salida de la pluma de Tesillo— deja ver la trascendencia asignada a la aniquilación del ‘corsario’. Allí se alude además al destino de su familia, cuyos miembros fueron rápidamente capturados o eliminados (Anónimo 1864: 110).

No caben dudas de que los *indios amigos* de Arauco jugaron un papel central, como tampoco de que las autoridades coloniales no vacilaban en afrontar todos los costos necesarios para eliminar a un líder rebelde. Esa metodología inaugurada bajo los Habsburgos mantuvo su vigencia con la entronización de los Borbones. También en el siglo XVIII, hubo casos de famosos ‘corsarios’ vicariamente eliminados con intervención de aliados indígenas de la corona.

13 Las *malocas* o *monterías* se hallaban a cargo de pocos españoles acompañados por numerosos ‘indios amigos’, desproporción que constituía un rasgo típico (Ruiz Esquide-Figueroa 1993: 20-21, cuadro I). El buen suceso de las entradas a territorio indio dependía de la velocidad y el sigilo de los ‘monteros’, que aprovechaban para sacar piezas humanas, aunque no siempre fuesen ‘indios’ vencidos en justa guerra, como se estilaba argumentar para justificar un redituable negocio (Quiroga 1979: 310).

14 Tesillo destacó la actividad del gobernador, otorgándole gran parte del crédito, pero Rosales, por varios años misionero en Arauco y lector de la crónica de Tesillo, afirma que esa versión no se ajusta exactamente a lo sucedido y subraya la deslealtad de la esposa (Rosales 1877-1878: III-96).

5.

Aunque las operaciones sobre el cuerpo enemigo mantuvieron su vigencia, a medida que comenzó a decrecer el tenor confrontativo de las relaciones inter-étnicas, parecen disminuir en frecuencia. Con el paso del tiempo, sin que cesaran, se advierten ciertas variaciones en las conductas nativas, como lo anticipa el temprano gesto constituido por 'la gran fineza' de devolver el cráneo de Oñez de Loyola.

La constitución de espacios fronterizos propicios para el desarrollo de variados intereses y negocios –entre ellos los de una parte de la dirigencia indígena, por eso mismo inclinada a la concertación– tuvo innegable incidencia en estas modificaciones. La administración colonial, a su vez, estimuló las tareas de vigilancia de las poblaciones nativas y en ese contexto de mayor control cotidiano, las prácticas mutilatorias y los mensajes se realizaron y vehiculizaron con una mayor cautela.

Mientras el propósito de las grandes rebeliones iniciales consistió en expulsar a los invasores europeos, las partes seccionadas circulaban con amplitud y hablaban libremente a los indígenas dentro de su propio campo soberano. Pero luego, a medida que esa pretensión se transformó en más y más inalcanzable y las relaciones, aunque no exentas de tensiones, se encaminaron paulatinamente por caminos de negociación, la reserva y la prudencia fueron imponiéndose por razones estratégicas, en tanto que, tratándose de comportamientos que preanunciaban la guerra, eran objeto de especial atención. En 1767 el cacique Curiñancu de Angol, líder de un alzamiento inminente, envió al *lonko* Antivilu “[...] una mano, y un brazo con la manga de Camisa y solapa que bestía [...]”, y el capitán de amigos, rápidamente enterado de la novedad, le amonestó por ello y el cacique “[...] se lo negó, y al cavo de tres horas le confeso la verdad, pero [aduciendo] que luego la havia devuelto[...]”.¹⁵

No obstante, Antivilu no *devolvió* el macabro resto como dijera, sino que lo envió a sus aliados *huiliche*, recomendándoles que “[...] de los Españoles que tenían Cautibos procurasen ensangrentar con uno de ellos sus lanzas, y [...] les despacho [...] un brazo de un español con camissa todavía el dicho brazo[...]”.¹⁶

Al mismo tiempo que se incorporaban estas variantes a los protocolos de la insurgencia indígena, las autoridades coloniales mercantilizaban abiertamente la captura de cabezas. Se ofrecieron recompensas a quienes se prestasen a la eliminación de un oponente peligroso, trayendo el despojo ante las autoridades como prueba de cumplimiento y condición de pago.

15 Declaración de José Baldevenito, en Nacimiento, 16 marzo 1767, AGI, Ach, 257, fojas 357-357 vuelta.

16 Oficio del comandante de Tucapel Jacinto de Arraigada al maestre de campo Salvador Cabrito, Tucapel, 27 enero 1767, AGI, Ach, 257, fojas 150-150 vuelta.

Según Vicente Carvallo i Goyeneche, Ambrosio Higgins –por ese entonces comandante interino de la frontera de Concepción– persuadido de la licitud del procedimiento, no dudó utilizarlo para aniquilar al *toqui* Aillapangui:

[...] Su política ganó con dádivas i promesas la voluntad de otros caciques [...] i les entró por el partido de que ellos mismos fuesen los ejecutores de la decapitación de su compatriota. Tiró don Ambrosio este otro rasgo de su política sin solicitar el permiso del gobernador [Agustín de Jáuregui y Aldecoa]. Estaba persuadido de que le era lícito, porque no conocía otro medio de cortar aquellas irrupciones que el de quitar del país de los vivientes a los jefes que [...] las dirijian. Conocía también que la bondad i rectitud del gobernador [...] no era capaz de acomodarse a este modo de pensar, i entregado en brazos de la fortuna, se arrojó temerario a una empresa, en cuyo éxito depositó toda su felicidad o su desdicha (Carvallo i Goyeneche 1875: 401-402).

Varias *malocas* sucesivas obligaron a Aillapangui al abandono de su reducción, buscando refugio entre ciertos aliados *pevenche*, pero hasta allí lo persiguieron sus enemigos, dándole muerte.¹⁷

La cabeza de Aillapangui fue entregada a quien realizara el encargo y exhibida en medio de festejos. El cronista valdiviano critica los agasajos, centrándose no sólo en su atroz perpetración, sino en que había sido obra de traidores pagos:

[...] fué conducida la cabeza en triunfo hasta la plaza de los Angeles [...] i este horroroso espectáculo que debió poner espanto a la humanidad aunque se hubiera ejecutado en formal batalla, se celebró en la casa de don Ambrosio entre alegres abundantísimos brindis., con que fueron festejados los indios (Carvallo i Goyeneche 1875: 404).

Aunque Carvallo sostenga que el comandante actuó por su cuenta, la compasión que adjudica a Jáuregui, si existió, ciertamente debería ser considerada excepcional dentro de una práctica *standard* y continuada de aniquilar por cualquier medio a los caciques *rebel-des*. En efecto: años más tarde, el gobernador Ambrosio de Benavides Medina volvió a autorizar al mismo Higgins para que conviniese con varios líderes la persecución y muerte del ‘corsario’ Llanquetruz¹⁸, cuyos partidarios, al asediar a sus contrincantes los *pevenche*

17 Higgins al gobernador Jáuregui y Aldecoa, en Los Angeles, 22 noviembre 1776, AN, Capitanía General (CG), Volumen 25, fojas 207; también citado por Leonardo León Solís 1999: 220.

18 También al este de la cordillera de los Andes se había hecho visible la actividad de una serie de grupos provenientes de los territorios ubicados al oeste de aquella y de los valles andinos e instalados en el monte pampeano centro-oriental (ver mapa de la región pampeana), lejos del control de las administraciones fronterizas y de los esfuerzos disciplinadores de los caciques aliados con la corona. Sus líderes corsarios mantenían un nivel de confrontación que superaba la tolerancia colonial. El cacique Llanquetruz posiblemente haya sido el más relevante entre ellos. Se remite la atención del lector a dos trabajos referidos a su manera de captar seguidores y construir poder, mediante una materialización del éxito bélico obtenido contra los hispano criollos y los nativos coaligados con ellos (Villar & Jiménez 2003c; Jiménez 2006).

de Malargüe —aliados de la administración colonial—, gritaban desafiantes y a voz en cuello: “[...] que hiciesen llamar â sus amigos los Mendocinos q.^e viniesen en su ayuda que ellos los aguardaban, y q.^e no avian de hirse sin llevar sus cavesas para vever chichas en ellas”.¹⁹ Nuevamente de un mismo objeto simbólico —la cabeza seccionada— fluían sentidos distintos que se mezclaban. Mientras prevalecía la condición de mercancía en los tratos de los administradores coloniales con sus aliados indígenas encargados de cortarla, Llanquetruz y sus partidarios reactualizaban el antiguo motivo del *rari-lonko*, integrante del soporte ideológico legitimador de las tempranas ‘rebeliones generales’ y de su arsenal propagandístico, para dar renovado contenido político a una conducta reluctante inserta en un contexto distinto.

Benavides Medina no dudó en justificar el proceder invocando la existencia de precedentes y se sintió facultado para afectar fondos de la hacienda real:

[si ...] conviene procurar la decapitacion de estos contrarios, puede arbitrar para ello los medios mas seguros y precavidos [...] caso de no haver otro arbitrio para castigarlos, pues libro a V. S. a este fin todas mis facultades, sin restriccion de los caudales que fuesen preciso de Real Hacienda, que estarán prontos, haviendose de dirigir la materia segun creo se ha hecho en ocasiones de gobiernos anteriores por pagos a otros caudillos Indios de fuerza y predominio en la tierra, que verifiquen la accion.²⁰

Pero también el gobernador intendente de Córdoba Rafael de Sobremonte celebró una entrevista con algunos *lonkos pavenche*, a quienes ofreció ayuda militar para enfrentar a Llanquetruz, prometiendo el pago de una importante recompensa a quien le presentara la cabeza del *corsario*: “[...] y ofreciendo en caso necesario auxiliarles con gente y armas como tambien darles premio de Yeguas y regalos que apetecen si me traen la cabeza de Llanquetur como V. E me lo previene [...]” El destinatario autorizó rápidamente la continuación de las gestiones.²¹

Los comisionados dieron cumplimiento a la tarea encomendada: el 16 de diciembre de 1788, Llanquetruz fue ultimado durante un ataque de fuerzas indígenas combinadas con un pequeño grupo de tiradores encabezado por Francisco Vivanco²² y su cabeza se entregó al comandante de la plaza chilena de Los Ángeles.²³

19 Comandante del fuerte de San Carlos Francisco Esquivel Aldao al comandante de armas de Mendoza José Francisco de Amigorena, 29 junio 1787, Archivo Histórico de la Provincia de Mendoza (AHPM), Carpeta 65, Documento 52.

20 Benavides Medina a Higgins, en Santiago de Chile, 13 febrero 1786, AN, CG, 776, fojas 288 vuelta-289.

21 Sobremonte al virrey marqués de Loreto, en Mendoza, 10 enero 1788, Archivo General de la Nación Argentina [AGN] Sala IX 11.4.5. La respuesta de Loreto a Sobremonte (fecha en Buenos Aires el uno febrero 1788) se conserva en ese mismo legajo.

22 Vivanco a Pedro Nolasco del Río, 29 diciembre 1788, AN, Fondo Morla Vicuña (FMV), Volumen 24, Pieza 14, folios 139 a 140 vuelta; y también en AGI, Ach, Volumen 211.

23 Antonio Valdez a Higgins, Los Ángeles, 3 abril 1789, AN, FMV, Volumen 24, Pieza 14, folio 139; y también en AGI, Ach, Volumen 211.

La testa del *corsario* sirvió asimismo para que Higgins, obsesivamente pendiente del progreso de su carrera política,²⁴ incrementara su prestigio. Una vez recibido el despojo, el premio acordado con los captores fue inmediatamente cancelado:

[...] Adjunta acompaño una razon de las especies repartidas de agazajo â varios Casiques y Mozetones que salieron â la Plaza de los Angeles con motivo [...] de presentar al Comandante de Armas de esta Frontera la cabeza del rebelde [...] Llanquitor, â fin de que mande Vm pagar su importe de ochenta y tres p.s â disposicion del mismo Comandante, del Ramo de Agazajo[...].²⁵

Los funcionarios rioplatenses, en cambio, tuvieron una actitud muy distinta y no se mostraron urgidos por entregar la sustanciosa cantidad prometida de quinientos yeguarizos. Dieron comienzo a un regateo tendiente, por un lado, a disminuir el número de animales, y por el otro, a conseguirlos al precio más beneficioso para “[...] para proporcionar así el menor gasto de los Ramos de Fronteras, ô de los de Real Hazienda [...]”.²⁶

Pero además de la preocupación por proteger las arcas del rey, esa conducta también revela el disgusto de Loreto ante la evidente estrategia autopromocional de Higgins.²⁷ Los *penenche*, encabezados por el cacique Curilipe, rival de Llanquetruz, en vez de cumplir su compromiso de entregar la cabeza del ‘corsario’ en Mendoza, habían optado por hacerlo ante el “[...] Comandante de la plaza de los Angeles por modo de obsequio como es uso entre... estos infieles.”²⁸ Y esa circunstancia fue la que permitió que Higgins se atribuyera más fácilmente todo el crédito por el resultado obtenido, como lo evidencia el tono del extenso oficio a Valdés. En él exaltó la trascendencia del logro mediante un íntegro repaso de la trayectoria del decapitado, con el propósito de mostrar que su extrema peligrosidad justificaba la aniquilación, y subrayar asimismo la importancia de

24 Que culminaría con su designación posterior como virrey del Perú (1796), ennoblecido con el título de marqués de Osorno.

25 Higgins al intendente de Concepción, en La Serena, 14 febrero 1789, AN, CG, Volumen 70, Carta 33, fojas 432 vuelta-433 recta.

26 Sobremonte a Loreto, fechada en Córdoba, 5 febrero 1789, AGN, IX 30.8.4.

27 Durante su gobierno, el marqués de Loreto mantuvo reiterados conflictos con funcionarios civiles y eclesiásticos por cuestiones de jurisdicción y celos personales. En su estudio sobre los burócratas en épocas del virreinato porteño, Susan Socolow dice de él “[...] for all accounts he was a difficult man to deal with, deeply suspicious and irascible” (Socolow 1987: 119). La mención a las expediciones de 1784 incorporada por Higgins al texto del oficio librado a Antonio Valdés en el que comunicó la derrota y muerte de Llanquetruz indudablemente debió molestar a Loreto: la costosa entrada general a los territorios indígenas que tuvo lugar ese año fue planeada y organizada por el antecesor del marqués –Juan José de Vértiz y Salcedo, quién cesó en su mandato casi contemporáneamente con ella. Los magros resultados de la empresa estuvieron muy distantes de los que su inspirador había previsto, y las circunstancias quisieron que Loreto, en el momento mismo de asumir el cargo, debiera enfrentar la ingrata tarea de explicar ante el ministro de Indias José Gálvez el escaso beneficio extraído de una inversión cuantiosa. Don Ambrosio, pues, agigantaba su mérito, induciendo una tácita comparación con el fracaso previo.

28 Higgins a Antonio Valdés, 3 abril 1789, AN, AMV, Volumen 24, Pieza 14, fojas 138 vuelta-139.

haberlo eliminado (ver fojas 134 recta-136 vuelta) y por añadidura, a cambio de un módico valor invertido en obsequios para los ejecutores.

El mismo 3 de abril, Higgins escribió en términos similares al virrey en Buenos Aires y este, enterado de las novedades, ordenó a Sobremonte que le hiciera conocer su perspectiva de lo ocurrido. El gobernador presentó su propia versión de los hechos, preocupándose por hacer explícito lo que don Ambrosio callaba, esto es, los esfuerzos realizados desde Mendoza para ultimar a Llanquetruz y la larga colaboración mantenida a ese fin con el Reyno de Chile:

[...] en las circunstancias del acacimiento es la grande distancia de Mendoza en que se hallaba Pichintur, Caniguan y Currulupi principales Caciques Peguenches; pudieron mas bien recibir el auxilio de la Frontera de la Concepcion que de la nuestra.; pero tampoco es dudable [...] las providencias de V. E. para interesar a los Pehuenches en el vencimiento de Llanquetur [...] para que siempre que se acercasen [...] estos Indios â pedir el auxilio se les facilitase por la suma importancia para las de este distrito de deshacerse de este perjudicial Casique Dieron â mi ver el primer impulso y mobimiento al suceso ventajoso que se ha conseguido[...].²⁹

La actitud de omitir la actuación de los funcionarios rioplatenses, que a cualquier persona hubiera desagradado, irritó particularmente al virrey. Higgins pasó en absoluto silencio que los mendocinos hubieran organizado tres expediciones en contra de Llanquetruz entre 1786 y 1788, causándole importantes bajas aunque no logran su objetivo de eliminarlo.³⁰ Tampoco aludió al abastecimiento que Mendoza proporcionara a la partida de milicianos que acompañó a los *Pebuenche* en el ataque final, ni reconoció el hecho de que las tropas mendocinas no participaron en esa expedición sólo por razones de distancia.

Loreto, indignado, se abroqueló entonces en su negativa a entregar los yeguarizos. Verse obligado a comprarlos y cederlos sin obtener crédito alguno, mientras Higgins, en cambio, se apropiaba de todo el mérito por sólo ochenta y tres pesos fue demasiado para el marqués. Los *pebuenche* tendrían que esperar que algún día un nuevo virrey se decidiese a cancelar la recompensa. Tres años más tarde, todavía continuaban reclamándola y ante una nueva presentación en ese sentido, Sobremonte debió volver a explicar todo el engorroso asunto al sucesor de Loreto, Nicolás de Arredondo.³¹

29 Sobremonte a Loreto, en Córdoba, 5 julio 1789, AGN, IX 11.4.5.

30 Amigorena a Sobremonte, en Mendoza, 24 octubre 1787, AGN, IX 5.9.6.

31 Sobremonte a Arredondo, en Córdoba, uno octubre 1791, AGN, IX 30.4.8.

6.

Una vez concluida la dominación colonial, las decapitaciones no cesaron, pero los dos casos que expondremos demuestran que la significación de los mensajes se vio modificada con la incorporación de otros elementos que tornan todavía más intrincado su sentido.

En 1829, Juan Manuel de Rosas, uno de los miembros relevantes del poderoso sector ganadero de Buenos Aires, asumió por primera vez la gobernación de esa provincia, manteniéndose en una posición de poder que se prolongaría hasta 1852. Una de sus permanentes preocupaciones estuvo constituida por las relaciones interétnicas, dado que el control nativo sobre los territorios de la llanura herbácea bonaerense y la seguridad de los rentables negocios rurales de Rosas y el grupo económico que integraba eran términos difícilmente conciliables. Instituyó entonces un programa al que denominó ‘negocio pacífico de los indios’ dotado de financiamiento y organizado para cooptar a los grupos que pudieran considerarse ‘amigos’ y ‘aliados’ del gobierno mediante la asignación de ‘obsequios’ (esto es, la donación sobre todo a los líderes indios de ciertos bienes de consumo, prendas, adornos y aperos, a título de reconocimiento personal y para estimular su adhesión) y ‘raciones’. El racionamiento implicaba asumir el formal compromiso de una entrega periódica principalmente de bienes de consumo y animales en cantidades preestablecidas a un grupo indígena en su conjunto, exigiendo como contraprestación el mantenimiento de la paz o auxilio bélico. En términos de la taxonomía política de Rosas, el ingreso al ‘negocio pacífico’ exigía que ‘amigos’ y ‘aliados’ se comprometiesen en la tarea de combatir a los ‘enemigos’, es decir, aquellos que no se avenían a incorporarse en ninguna de las dos categorías anteriores y expresaban hostilidad bajo la forma de embates contra estancias y establecimientos fronterizos, por sus propios medios o alentando la participación de indios de Chile y la cordillera.³²

En ese contexto y con respecto a la primera de ambas situaciones antes mencionadas, la novedad estuvo constituida por la incorporación de indígenas coaligados con los criollos a una instancia de juzgamiento de otros nativos,³³ compartiendo la decisión de ajusticiarlos y exponer luego la cabeza de su líder como advertencia a los partidarios que aún conservaban la libertad.

En Fuerte Argentino –inmediato al pueblo de Bahía Blanca, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires–, tuvo lugar a mediados de 1832, un peculiar consejo de guerra presidido por el comandante Martiniano Rodríguez e integrado por la oficialidad del establecimiento militar junto con la inhabitual participación de ciertos caciques *boro-*

32 Silvia Ratto es autora de completos estudios acerca del ‘negocio pacífico’ (1994a, 1994b y 1998).

33 También a Ratto se le debe el examen de las implicancias sociales, políticas y jurídicas del caso (2005: 219-249).

ganos, aliados con el gobierno.³⁴ Los reos sometidos a juzgamiento en esa oportunidad fueron el cacique Toriano y algunas de las personas que formaban parte de un nutrido contingente que lo acompañó a las pampas ese mismo año. Las tropas provinciales habían capturado al líder en una sorpresiva maniobra, trasladándolo al fuerte, donde se preveía retenerlo hasta recibir instrucciones de Rosas.³⁵

No obstante, los *borogas*, también enfrentados con Toriano y su gente, exigieron que los prisioneros les fueran entregados para hacer justicia ‘a la usanza’, pero la solicitud no prosperó. Se les ofreció en cambio un lugar en el consejo, desusada decisión con la que se quiso compensar el rechazo previo. Finalmente y luego de un trámite sumario que en lo sustancial se redujo a consultar las opiniones de los oficiales y caciques presentes, los prisioneros fueron condenados a muerte y fusilados con el acuerdo y en presencia de los líderes *boroganos*.

A continuación, la cabeza de Toriano fue seccionada y expuesta públicamente en la punta de una lanza, como advertencia a sus seguidores. El capitán Robert Fitz Roy –que poco después estuvo en Bahía Blanca al comando del bergantín *Beagle*– relató que sólo viéndola, los parciales del anciano cacique se convencieron de su muerte:

[...] Toriano was shot in cold blood; with another cacique and several Indians of inferior note; and his head was afterwards cut off, and preserved for some time at the fort, in order to convince his adherents of his death [...] So high was his acknowledged character as a warrior that his followers supposed him invincible; and until convinced by the melancholy spectacle seen by their spies, they would not believe him gone (Fitz-Roy 1839: II-106).

El caso restante, ocurrido en 1836, coincidió con el colapso definitivo del mismo grupo *borogano* provocado por la concurrencia de dos factores principales. En primer término, la creciente injerencia del gobernador Rosas en los asuntos internos de la comunidad, con la que aún mantenía aquella relación de alianza inestable: el difícil manejo de esa vinculación y la conveniencia de su continuidad constituían motivo de disensión entre sus líderes, algunos de ellos más inclinados que otros a sostenerla en los términos pretendidos por el gobierno y todos políticamente debilitados por su intervención.

En segundo término, el acaecer de un golpe de mano dado por indígenas que se sintieron alentados por la oportunidad de sustituir con ventaja a los *boroganos* en el rol

34 *Boroganos* (o *borogas*) fue el nombre con el que se conoció a un grupo procedente de la región trascordillerana de Boroa, al sur de Chile, que migró hacia las pampas para instalarse en el área de Salinas Grandes: ver Ratto 1996. El primer paso migratorio pudo haber ocurrido recién al finalizar la ‘Guerra a Muerte’ en territorio meridional chileno (en los años 1823-1824) desencadenada con participación indígena como consecuencia de la derrota realista en Maipú, considerando que al menos una parte de los *boroganos* pertenecían al bando vencido; o quizá con anterioridad a su iniciación, para sustraerse al conflicto, o contemporáneamente con él. Ello, sin perjuicio de que en tiempos posteriores puedan haberse trasladado a las pampas otras personas o contingentes de la misma procedencia.

35 Los objetivos y acciones de Toriano en las pampas pueden verse en Villar & Jiménez 2003a: 131-286.

asignado por el estado provincial.³⁶ Ese ataque desembocó en el homicidio de los caciques más cercanos a Rosas y la desarticulación de la comunidad, cuyos miembros siguieron caminos distintos —que no es del caso exponer aquí— en un proceso que incluyó un nuevo pacto del estado provincial con los agresores victoriosos.

Nuestra atención se dirige a Cañiuquir, uno de los líderes *borogas* sobrevivientes. Aunque manteniendo en apariencia la alianza que lo vinculaba con el gobernador, este cacique intensificó un riesgoso acercamiento a los *ranqueles*, ‘enemigos’ indígenas por excelencia de Rosas.³⁷ No obstante, la formal subsistencia del pacto lo obligaba a participar con su gente en las incursiones ordenadas precisamente contra esos indios ‘hostiles’. Esa conducta dual le permitía anticipar información estratégica a quienes serían atacados e interceder más tarde en favor de la liberación de familias aprisionadas, con el argumento de que se trataba de sus amigos o parientes. Pero a la vez, lo malquistó con Francisco Sosa, el comandante militar de esas campañas, y con Venancio Coñuepan³⁸, cabeza de los ‘indios amigos’ que lo secundaban.

Todos los integrantes de la tropa (y más que nadie oficiales y caciques ‘amigos’) se mostraban muy celosos de la distribución del botín cobrado durante los ataques, uno de cuyos componentes importantes eran los cautivos, y por lo tanto mal predispuestos a consentir que se excluyeran personas del reparto debido a los reclamos de Cañiuquir. Escribió Sosa al respecto:

[...] al fin no ha resultado mas que [...] todos los indios que ellos [los *boroganos* de Cañiuquir] tomaron heran sus parientes y los aprovechaban de suerte que si no hubiera venido Caniuquil estoy seguro que no hubiera quedado un solo Ranquel.³⁹

La situación de rispidez llegó al extremo de desencadenar dos ataques dirigidos por Sosa y Coñuepan contra el propio Cañiuquir y su gente, en respuesta a los ‘engaños’ del cacique y sin el consentimiento previo de Rosas. Del primero logró escapar con sus mocetones, aunque los atacantes se apropiaron de un nutrido botín:

36 El gobernador esperaba que los *boroganos*, instalados en la zona de Salinas Grandes (ver el mapa de la región pampeana que acompaña este artículo), cumplieren la función de defender una de las rutas principales de acceso a la pampa bonaerense, evitando las incursiones que afectaban el desenvolvimiento de la actividad ganadera en ese territorio. No siempre lo hicieron, por diversos motivos, y eso contribuyó a inestabilizar sus acuerdos con Rosas. Sobre el colapso *boroga*, ver las contribuciones ya citadas de Silvia Ratto.

37 Dada la relativa abundancia de estudios acerca de los *ranqueles*, ofreceremos una única referencia a una síntesis de su historia: Fernández 1998. Este grupo indígena estuvo radicado en la pampa centro-oriental (nuevamente se remite la atención del lector al mapa correspondiente).

38 En los papeles de archivo, este líder es nombrado indistintamente Venancio, Venancio Coñuepan, o Coñuepan, variantes que utilizamos en el texto.

39 Sosa al gobernador Rosas, Salinas Grandes, 24 noviembre 1834, AGN, X 24. 8. 6.

[...] más de seiscientas personas de sus familias [...], majadas de ganado lanar en numero de mas de ocho mil, como quinientas cabezas Bacuno, algunos Caballos, y el todo de su menaje y servicio de sus hogares que como legitimo votin, obra en manos de nuestros soldados [...]⁴⁰

En la segunda oportunidad, Cañiuquir perdió la vida y se cobraron prisioneros trasladados a Bahía Blanca e incorporados a los ‘indios amigos’ de la guarnición: “[...] Cañiuquir, aun quando se puso en guardia, [...] fue concluido para siempre, á compañando [su] cadaver a mas de doscientos yndios que quedaron tendidos en el campo [...]”. También se tomaron

[...] Cincuenta cabezas Bacuno: algun otro pequeño rebaño lanar, El Calculado numero de mas de cuatro mil entre Yeguarizos y Caballar. El unico resto de dos Cautivos de ambos sexos que quedaban en poder de los concluidos rebeldes Borogas [...] con un centenar del resto de su Chusma entre Chico y grande quedo en poder de las armas Federales[...].

El cadáver de Cañiuquir “[...] quedo hayi para escarmiento de los yndios rebeldes su cabeza en un palo, sobre la sima de una pequeña Colina del Desierto [...]”⁴¹

El ataque contra el grupo del cacique y su propia muerte y decapitación constituyeron mucho más una represalia de Sosa y Venancio por las conductas previas de Cañiuquir, que la pretendida advertencia. En apoyo de este aserto obran dos elementos de juicio: uno, la constatación de que Sosa actuó sin la autorización explícita del gobernador y a instancias de su inquina contra el líder decapitado; otro, el desencadenamiento posterior de una venganza *-tantulum-* que alcanzó a Coñuepan unos meses después, en agosto de 1836.

Con relación al primero, valga como prueba el oficio que Rosas ordenó a su edecán que le enviara a Sosa, manifestándole su insatisfacción frente a los ataques a Cañiuquir y reprendiéndolo por haberle obligado a

[...] trabajar para ponerse en guardia, tanto mas que nada sabe hasta hoy comunicado por V. S. a este respecto, lo que le es sumamente extraño, pues [...] debió V. S. haberle comunicado el motivo poderoso que le obligaba a marchar sobre Cañiuquir sin esperar orden terminante superior de S. E. para ello[...]⁴²

Con respecto a la represalia, Rosas previó que sobrevendría y quiso evitarla. Ordenó a Sosa una rápida devolución de los cautivos, que ya eran reclamados por intermedio de otros aliados:

40 Sosa al gobernador Rosas, Bahía Blanca, 7 abril 1836, AGN, X 25. 3. 2.

41 Rodríguez al inspector general Agustín de Pinedo, 2 agosto 1836, AGN, IX 25. 3. 2.

42 Oficio de la gobernación a Sosa, Buenos Aires, 13 abril 1836, AGN, X 25, 3, 2.

[...] S. E. previene a V. S. que puede hacerle al referido [cacique] Alon la entrega de las personas que pertenezcan á él y á sus indios [...] Bien conoce S. E. que las que fuese estaran quizas las mas en poder de los mismos indios amigos que se hallan en esas inmediaciones pertenecientes a D. Venancio y Meligur y que para exigirse las sera preciso regalarles algo; y es por esta razón que faculta a V. S. para pagar por cada persona., desde cincuenta hasta trescientos pesos: es decir que según la clase de la persona asi puede ser la paga al que la tenga, ya sea indio, ó cristiano de tropa, oficial ó becino [...]⁴³

Pero Sosa falleció sorpresivamente unos días después —el 5 de agosto— y el remedio destinado a aplacar los ánimos no alcanzó a concretarse. El 24 del mismo mes, una porción de los *boroganos* incorporada al grupo de indios ‘amigos’⁴⁴ se alzó en armas en las tolderías vecinas al fuerte, ultimando a Venancio y a muchos de quienes permanecieron leales a él, y recuperaron las familias cautivas. Los incursores se dirigieron luego hacia las estancias de la zona (entre ellas la que perteneciera a Sosa), las incendiaron, se apropiaron de unas tres mil cabezas de ganado, y por último se dirigieron a reunirse con los *ranqueles* hostiles al gobernador (Baigorria 1977: 57).⁴⁵

7.

Hemos visto entonces que a partir de la convergencia de dos tradiciones culturales distintas, los respectivos propósitos que gobernaban la manipulación del cuerpo de los enemigos vencidos, antes claramente diferenciables entre sí, inician un camino de transformaciones que ‘mezcla’ sus sentidos. Los procesamientos rituales pasarán a coexistir y se ‘contaminarán’ con otras prácticas. Al don representado por la entrega de una cabeza seccionada y manipulada ritualmente se agrega luego, por efecto de las nuevas formas de hacer la guerra, su conversión en mercancía. El valor transaccional podrá ser objeto de regateo e implicar la capitalización de un rédito político cuyo cálculo dependerá de las circunstancias, que a veces aconsejaban delegar la acción punitiva en aliados indígenas para evitar un riesgo gravoso. Por último, la manipulación de una cabeza se verificará en contextos de disputas políticas o generadas por el reparto de botín, respondiendo a intereses circunstanciales decididamente adheridos a lógicas impuestas, muy diferentes de las que presidían las conductas tradicionales de los nativos.

43 Oficio de la gobernación a Sosa, Buenos Aires, 29 julio 1836, AGN, X 25. 3. 2.

44 Oficio del 5 septiembre 1836, AGN, X 25. 3. 2.

45 El coronel unitario Manuel Baigorria estaba en esa época refugiado entre los *ranqueles*, situación que lo convierte en un testigo privilegiado de estos acontecimientos, narrados en sus memorias.

8. Referencias bibliográficas

Anónimo

- [1632] 1864 *Relacion de los sucesos que ha tenido don Francisco Lazo de la Vega ..., gobernador i capitan jeneral del reino de Chile desde veinte de marzo del año pasado de 1631, hasta el 1.º de abril de 1632*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

Arnold, Denise Y. & Christine A. Hastorf

- 2008 *Heads of state: Icons, power, and politics in the ancient and modern Andes*. Walnut Creek: Left Coast Press.

Axtell, James

- 1982 Scalping: The ethnohistory of a moral question. En: Axtell, James (ed.): *The European and the Indian: Essays in the ethnohistory of Colonial North America*. Oxford/New York: Oxford University Press, 207-241.
- 1996 Scalps and scalping. En: Hoxie, Frederick E. (ed.): *Encyclopedia of North American Indians*. Boston/New York: Houghton Miffling Company, 570-572.

Axtell, James & William C. Sturtevant

- 1980 The unkindest cut, or who invented scalping. *The William and Mary Quarterly*, 3rd Ser. 37(3): 451-472.

Baigorria, Manuel

- 1977 *Memorias del coronel Manuel Baigorria*. Buenos Aires: Eudeba.

Bibar, Gerónimo de

- [1558] 1966 *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Santiago de Chile: Fondo José Toribio Medina.

Boccard, Guillaume

- 1998 *Guerre et ethnogenèse Mapuche dans le Chili Colonial. L'invention du soi*. Paris: L'Harmattan.

Carvallo y Goyeneche, Vicente

- [1795] 1875 *Descripcion histórico-jeográfica del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio.

Chacon, Richard J. & David H. Dye

- 2007 Introduction to human trophy taking: An ancient and widespread practice. En: Chacon, Richard J. & David H. Dye. (eds.): *The taking and displaying of human body parts as trophies by Amerindians*. New York: Springer, 5-31.

Clastres, Pierre

- 1987 La desgracia del guerrero salvaje. En: Clastres, Pierre: *Investigaciones en antropología política*. Barcelona: Editorial Gedisa, 217-256.

Coates, Peter

- 1999 'Unusual cunning, Vicious and treacherous': The extermination of the wolf in the United States history. En: Levene, Mark & Penny Roberts (eds.): *The massacre in history*. New York/Oxford: Berghahn, 163-183.

Coleman, Jon T.

- 2003 Terms of dismemberment. *Commonplace* 4(1). <<http://www.common-place.org/vol-04/no-01/coleman/coleman-3.shtml>> (30.09.2014).

- 2004 *Vicious: Wolves and men in America*. New Haven/London: Yale University Press.

Indiana 31 (2014): 351-376

- Dannenfeldt, Karl H.
1984 Egyptian mummy: The sixteenth century experience and debate. *The Sixteenth Century Journal*, 16(2): 163-180.
- Di Luna, Giovanni
2007² *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*. Madrid: 451.
- Fernández, Jorge
1998 *Historia de los Indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la pampa central (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Fitz-Roy, Robert
1839 *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836. Vol. II: Proceedings of the Second Expedition, 1831-1836, under the Command of Captain Robert Fitz-Roy* R. N. London: Henry Colburn.
- Foucault, Michel
1989¹⁷ *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Gordon-Grube, Karen
1988 Anthropophagy in post-Renaissance Europe: The tradition of medicinal cannibalism. *American Anthropologist*, N. S. 90(2): 405-409.
1993 Evidence of medicinal cannibalism in puritan New England: 'Mummy' and related remedies in Edward Taylor's 'Dispensatory'. *Early American Literature* 28(3): 185-221.
- Harner, Michael
1994³ *Shuar, Pueblo de las cascadas sagradas*. Quito: Abya Yala.
- Harrison, Simon J.
2008 Skulls and scientific collecting in the Victorian military: Keeping the enemy dead in British Frontier warfare. *Comparative Studies in Society and History* 50(1): 285-303.
- Himmelman, P. Kenneth
1997 The medicinal body: An analysis of medicinal cannibalism in Europe, 1300-1700. *Dialectical Anthropology* 22(2): 183-203.
- Hoskins, Janet
1996 Introduction: Headhunting as practice and trope. En: Hoskins, Janet (ed.): *Headhunting and the social imagination in Southeast Asia*. Stanford: Stanford University Press, 1-49.
- Jiménez, Juan Francisco
2006 El sino de un corsario. Llanquetruz. En: Mandrini, Raúl (ed.): *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires: Taurus: 73-93.
- Karsten, Rafael
1923 *Blood revenge: War and victory feasts among the Jivaro Indians*. Bureau of American Ethnology Bulletin, 79. Washington, D.C. : Government Printing Office.
- Knapp, Gerrit J.
2003 Headhunting, carnage and armed peace in Amboina, 1500-1700. *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 46(2): 169-192.

- León Solís, Leonardo
 1999 *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco. Chile, 1769-1776*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam)/LOM/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Lipman, Andrew
 2008 'A means to knit them together': The exchange of body parts in the Pequot war. *William and Mary Quarterly*, 3rd Ser. 65(1): 3-28.
- Lozier, Jean- François
 2003 Lever des chevelures en Nouvelle-France: la politique française du paiement des scalps. *Revue d'Histoire de l'Amérique Française* 56(4): 513-542.
- Mandrini, Raúl J. & Sara Ortelli
 2002 Los 'araucanos' en las pampas (c. 1700-1850). En: Boccara, Guillaume (ed.): *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (Siglos XVI-XX)*. Quito: Abya Yala/Institut Français d'Études Andines (IFEA), 237-257.
- Mariño de Lovera, Pedro
 1865 *Crónica del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta del Mercurio.
- McGlynn, Sean
 2009 *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Barcelona: Crítica.
- Medina, José Toribio
 1906 *Diccionario biográfico colonial de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Elzevieriana.
- Molina, Juan Ignacio
 [1787] 1795 *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*. Madrid: Imprenta de Sancha.
- Molinié-Fioravanti, Antoinette
 1991 Sebo bueno, indio muerto: la estructura de una creencia andina. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 20(1): 79-92.
- Noble, Louise Christine
 2011 *Medicinal cannibalism in early modern English literature*. New York: Palgrave Macmillan.
- Palmer, Patricia
 2007 'A headless ladies' and 'a horses loaded of heads': Writing the beheading. *Renaissance Quarterly* 60(1): 25-57.
- Palmer, William
 1993 "That insolent liberty": Honor, rites of power, and persuasion in sixteenth-century Ireland. *Renaissance Quarterly* 46(2): 308-327.
- Peacock, Mabel
 1896 Executed criminals and folk-medicine. *Folklore* 7(3): 268-283.
- Pribyl, Rosario de
 2010 Evidencias médico antropológicas sobre el origen del pishtaco. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública* 27(1): 123-137.
- Quiroga, Jerónimo de
 [1690] 1979 *Memorias de los sucesos de la Guerra de Chile*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

- Ratto, Silvia
- 1994a El 'negocio pacífico de los indios': la frontera bonaerense durante el gobierno de Rosas. *Siglo XIX. Revista de Historia* 15: 25-47.
- 1994b. *Indios amigos e indios aliados. Orígenes del 'negocio pacífico' en la Provincia de Buenos Aires (1829-1832)*. Cuadernos del Instituto Ravignani, 5. Buenos Aires: Instituto Ravignani.
- 1996 Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840. *Entre pasados. Revista de Historia*, 6(11): 21-34.
- 1998 ¿Finanzas públicas o negocios privados? El sistema de racionamiento del Negocio Pacífico de Indios en la época de Rosas. En: Goldman, Noemí & Ricardo Salvatore (comps.): *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 241-265.
- 2005 La lucha por el poder en una agrupación indígena. El efímero apogeo de los boroganos en las pampas. *Anuario de Estudios Americanos* 62(2): 219-249.
- Robin, Gerald D.
- 1964 The executioner: His place in English society. *The British Journal of Sociology* 15(3): 234-253.
- Roque, Ricardo
- 2010 *Headhunting and colonialism: anthropology and the circulation of human skulls in the Portuguese Empire, 1870-1930*. New York: Palgrave Macmillan.
- Rosales, Diego de
- [1674] 1877-1878 *Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- Ross, Jane Bennet
- 1988 *A balance of deaths: Revenge feuding among the Achuará Jívaro*. Unpublished PhD dissertation, New York, Columbia University.
- Rubenstein, Steven Lee
- 2007 Circulation, accumulation, and the power of Shuar shrunken heads. *Cultural Anthropology* 22(3): 357-399.
- Ruiz-Esquide Figueroa, Andrea
- 1993 *Los indios amigos de la frontera araucana*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Socolow, Susan M.
- 1987 *The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810. Amor al Real Servicio*. Durham/London: Duke University Press.
- Steel, Daniel
- 1999 Trade goods and Jívaro warfare: The Shuar 1850-1957, and the Achuar, 1940-1978. *Ethnohistory* 46(4): 745-776.
- Stuart, Kathy
- 2000² *Defiled trades and social outcasts: Honor and ritual pollution in early modern Germany*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Sugg, Richard
- 2008 The art of medicine: Corpse medicine: mummies, cannibals, and vampires. *The Lancet* 371 (9630): 2078-2079.

- Taithe, Bertrand
2009 *The killer trail: A colonial scandal in the heart of Africa*. Oxford/New York: Oxford University Press.
- Taylor, Anne Christine
1993 Remembering to forget: Identity, mourning and memory among the Jivaro. *Man*, NS 28(4): 653-678.
- Tesillo, Santiago de
[1634] 1864 *Guerras de Chile, causas de su duración, medios para su fin*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.
- Thomas, Nicholas
1991 *Entangled objects: Exchange, material culture, and colonialism in the Pacific*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tribaldos de Toledo, Luis
[1634] 1864 *Vista jeneral de las continuadas guerras: difícil conquista del gran reino, provincias de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.
- Villar, Daniel & Juan F. Jiménez
2003a Conflicto, poder y justicia. El cacique Martín Toriano en las pampas (1818-1832). En: Villar, Daniel (ed.): *Conflicto, poder y justicia en la frontera bonaerense. 1818-1832*. Bahía Blanca/Santa Rosa: Universidades Nacionales del Sur y de La Pampa, 131-286.
2003b La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y las Pampas, 1780-1840). En: Mandrini, Raúl J. & Carlos D. Paz (Comp.): *Las fronteras hispanoindias del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*. Tandil: Universidad Nacional del Comahue, Centro de Estudios de Historia Regional, 123-171.
2003c Un argel disimulado. Aucas y poder entre los corsarios de Mamil Mapu (segunda mitad del siglo XVIII). *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. <<http://nuevomundo.revues.org/656>> (01.09.2014).
- Wadley, Reed L.
2001 Trouble on the frontier: Dutch-Brooke relations and Iban rebellion in the West Borneo borderlands (1841-1886). *Modern Asian Studies* 35(3): 623-644.
2004 Punitive expeditions and divine revenge: Oral and colonial histories of rebellion and pacification in Western Borneo, 1886-1902. *Ethnohistory* 51(3): 609-636.
- Whitehead, Neil L.
2002 *Dark shamans: Kanaima and the poetics of violent death*. Durham/London: Duke University Press.
- Winans, Edgar V.
1994 The head of the king: Museums and the path to resistance: *Comparative Studies in Society and History* 36(2): 221-241.
- Zavala Cepada, José Manuel
2000 *Les indiens Mapuche du Chili. Dynamiques inter-ethniques et stratégies de résistance, XVIIIe siècle*. Paris: L'Harmattan.